

la aldea, completamente rodeada de bosques, se presentara por su situación á las empresas del enemigo; y habiendo expuesto sus temores á uno de los oficiales del Estado mayor general, había obtenido autorización para situar sus campamentos más hacia el Norte. A la caída de la tarde sus tropas comenzaban á instalarse en la prolongación del 4.º cuerpo, extendiéndose, en medio de lugares desconocidos y de las sombras de la noche, precipitadamente y no sin alguna confusión, desde los límites de Amanvillers hasta Roncourt. La posición principal era una aldea, hasta entonces desconocida y muy pronto famosa, que se llamaba Saint-Privat.

XVI

Salvo una pequeña alarma, la noche transcurrió tranquilamente. Al salir el sol, el ejército francés aparecía escalonado en las posiciones defensivas, desde las cuales había de sostener una de las batallas más grandes del siglo.

Ya hemos descrito esos sitios célebres. Al Oeste del valle de Chatel, más allá de la región cortada por barrancos y cubierta de bosques que rodea Metz, se destaca, de Sur á Norte, una línea de alturas que, comenzando encima de Rozerieulles, se extienden por Amanvillers y Saint-Privat hasta Roncourt, y descienden luego en dirección al Orne (1): en esta larga línea habíase escalonado nuestro ejército siguiendo las órdenes de Bazaine. En la extremidad meridional, el 2.º cuerpo ocupaba con la brigada Lapasset la colina que domina Rozerieulles, con la división Vergé las canteras y las granjas del *Point-du-Jour*, y con la división Bataille el lindero occidental del bosque de Chatel; delante de esta posición abríase el profundo barranco del Mance, al otro lado del cual, la carretera de Metz remontaba hacia Gravelotte. Al Norte, y en la prolongación del 2.º cuerpo, estaba situado el 3.º que, con las divisiones Aymard, Metman, Nayral y Montaudón, ocupaba la granja de *Moscou*, más abajo la de *Saint-Hubert*, y luego las de *Leipzig* y de *la Folie*. Enfrente se extendía el bosque de los Genivaux. Leboeuf había instalado su cuartel general en un punto culminante que en la comarca se denominaba el *Arbre-Mort*. El 3.º cuerpo estaba unido, por medio de la división Montaudón, al 4.º, que con la división Grenier ocupaba la vasta granja de *Montigny-la-Grange* y con la división Cisse la aldea de Amanvillers, y guardaba en reserva la división Lorencez. Delante de los vivaques de este cuerpo, es decir, al Oeste y en la dirección de Verneville, divisábanse varias granjas, *Chantrenne*, *l'Envie*, *Champenois*, y más lejos, los contornos cubiertos de matorrales del bosque de la Cuisse, que se prolongaban hasta la vía férrea de Verdún á Metz, entonces en construcción. Más allá de Amanvillers, el 6.º cuerpo formaba la extrema derecha: la división Levassor-Sorval se extendía al Sur de Saint-Privat y por el caserío de Jerusalén estaba en contacto con el 4.º cuerpo; alrededor y al Norte de Saint-Privat estaban formadas la división Lafont de Villers, la caballería del general Du Barail, que había sido puesta á la disposición de Canrobert, y un poco al Este, la división Tixier; y finalmente, el 9.º

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 302.

de línea, única unidad de la división Bissón, prolongábase hasta Roncourt. Detrás de estas posiciones había las oquedales y las canteras de Jaumont, que debían ocupar un lugar tan importante en los relatos caprichosos de los periódicos contemporáneos; delante, la meseta que cortaba de Este á Oeste la carretera de Metz á Briey descendía hacia la aldea de Sainte-Marie-aux-Chenes.

Tales eran las líneas defensivas que Bazaine, y tomándolo de él, muchos escritores militares, habían de llamar las *líneas de Amanvillers*: en ellas, como hemos visto, estaba escalonado todo el ejército, excepción hecha de la guardia, que el mariscal había dejado en Plappeville, de la reserva general de artillería, que se hallaba al pie del monte Saint-Quentin, y de unos diez regimientos de caballería que habían de permanecer todo el día amontonados en el barranco de Chatel. Estas posiciones eran muy desigualmente fuertes. En el ala izquierda, los lugares que ocupaban los franceses estaban protegidos en su frente por la profunda hondonada del Mance y en su flanco por los escarpes que descendían hacia el Mosela, y además hallábanse defendidos por los cañones del fuerte Saint-Quentin; esto hacía que Frossard y aun el mismo Leboeuf dispusieran de una posición casi inexpugnable. Mucho menos segura era el ala derecha: cierto que Saint-Privat ofrecía grandes ventajas para la defensa, pues sus grandes construcciones ofrecían preciosos abrigos, y además, al Oeste de la aldea, el terreno descubierto, suavemente inclinado hacia Sainte-Marie-aux-Chenes, formaba un verdadero glacis, de modo que cualquiera que intentase un ataque por aquel lado se exponería á una destrucción completa; pero, en cambio, en la dirección de Roncourt, ningún obstáculo natural protegía nuestro flanco, y un adversario audaz que dispusiera de fuerzas considerables podría conseguir envolvernos. Ahora bien, si el ala derecha cedía, toda la línea, sucesivamente quebrantada, se vería en la necesidad de replérgase.

Un jefe activo y vigilante habría compensado estas desventajas acumulando por el lado de Saint-Privat y de Roncourt hombres, cañones y trincheras; pero como si el azar presidiera á todo, hízose lo contrario. Cerca de nuestra ala izquierda estaban concentradas las reservas, que, en cambio, distaban ocho ó diez kilómetros de Saint-Privat; además el 6.º cuerpo, encargado de proteger nuestra ala derecha, era el menos fuerte. La prudencia habría aconsejado construir apresuradamente obras de campaña, y las fuerzas de ingenieros se reducían á dos compañías y faltaban herramientas; habría sido necesaria una artillería poderosa, y la mitad de las baterías se habían quedado en Chalóns, no disponiendo Canrobert más que de cincuenta y cuatro piezas y careciendo de ametalladoras; se habría necesitado mucha infantería, y una de las divisiones, la de Bissón, estaba reducida á un regimiento. Para colmo de desgracia, la llegada de la noche había obligado el día antes á hacer una instalación precipitada, de suerte que los sitios más peligrosos habían de ser también los menos explorados.

El príncipe Federico Carlos había pernoctado en Puxieux, y á las cinco de la mañana habíase encaminado á Mars-la-Tour y luego á Vionville, dando allí ór-

denes á sus lugartenientes. El segundo ejército debía proseguir su marcha de avance, teniendo por objetivo aislar al adversario de Verdún y de Chalóns y atacarle dondequiera que lo encontrase. Los sajones del XII.º cuerpo habían de formar la extrema izquierda, llevando atrás y á la derecha la guardia, la cual á su vez llevaría atrás y á la derecha el IX.º cuerpo; en segunda línea habían de marchar, á retaguardia de los sajones y de la guardia, el X.º cuerpo, y á retaguardia del IX.º el III.º. Los sajones debían dirigirse hacia Jarny, la guardia hacia Doncourt y el IX.º cuerpo había de dejar á su izquierda Saint-Marcel. Tales eran las instrucciones para el segundo ejército, que debía marchar hacia el Norte, pero volviendo hacia el Este si los franceses, desistiendo de escapar, se retiraban decididamente hacia Metz. En el primer ejército, que formaba el ala derecha, el VIII.º cuerpo se encaminaría á Rezonville y el VII.º, destinado á ser el eje del gran movimiento, permanecería en sus posiciones de la víspera.

Una precipitación excesiva podía comprometer todo aquel plan. Ahora bien, en la extrema derecha alemana, el VII.º cuerpo casi se tocaba con las tropas de Frossard y desde el amanecer habíanse oído algunos tiroteos en las vanguardias; además el temperamento del anciano Steinmetz, ardiente á pesar de su edad, aumentaba el peligro de un ataque prematuro. De aquí la orden expedida por el cuartel general mandando que el primer ejército se mantuviera en una actitud expectante. Podía ser que delante de Gravelotte y en las colinas del Mance la acción fuese reñida, encarnizada, sangrienta; pero, según las presunciones de Moltke, todo había de decidirse en la parte Norte.

A las nueve los sajones estaban en Jarny; los prusianos de la Guardia real, algo estorbados en sus movimientos por las columnas del XII.º cuerpo, llegaban á Doncourt; y el IX.º cuerpo, mandado por el general de Manstein y compuesto en parte de hessenses, se escalonaba en las inmediaciones de Saint-Marcel. Seguían luego el III.º y el X.º cuerpos. En el primer ejército, el VIII.º cuerpo subía desde Gorze hasta Rezonville. En la vasta meseta cortada por hondonadas, bosques y aldeas, que se extiende de Este á Oeste desde el barranco del Mance hasta las orillas del Yrón, movíanse 150.000 hombres.

Dos puntos, sin embargo, permanecían oscuros para el estado mayor alemán. Como por el lado Norte habían perdido los prusianos el contacto con las fuerzas francesas, estaban muy inclinados á creer que una parte del ejército de Bazaine maniobraba para retirarse ocultamente hacia Briey, y ciertos movimientos observados desde las alturas de Gravelotte en los campamentos de Frossard y de Leboeuf, fueron interpretados como indicios de una retirada que en aquella dirección efectuarían los franceses: tal era el primer punto oscuro. Pero aun descartando la hipótesis de una evolución hacia el Nordeste, subsistía otra incertidumbre: la configuración del terreno y el obstáculo de los bosques impedían apreciar la extensión de las líneas francesas, si bien la opinión general era de que nuestra derecha no llegaba más allá de Montigny-la-Grange y, en todo caso, no pasaba de Amanvillers.

No tardaron los alemanes en tener noticias casi exactas respecto de la supuesta retirada hacia Briey, pues

los reconocimientos practicados por los sajones, que exploraron toda la comarca hasta más allá de Valleroy, no descubrieron huella alguna de fuerzas francesas; y las patrullas de la guardia prusiana que llegaron hasta pasada Sainte-Marie-aux-Chenes, no encontraron fuerzas enemigas ni en la calzada ni en los caminos próximos. De estas exploraciones se dedujo, aunque no sin un resto de duda todavía, que Bazaine no evolucionaba hacia el Nordeste; en cambio, persistieron los alemanes en la creencia de que ni Saint-Privat ni Roncourt estaban ocupadas.

Puesto que, según todas las probabilidades, el ejército francés permanecía arrimado á Metz, había llegado el caso de ejecutar el cambio de frente preparado desde la víspera y que había de llevar del Norte al Este todas las fuerzas alemanas. Los sajones del XII.º cuerpo y á su derecha los regimientos de la guardia prusiana se dirigieron á Batilly, desde donde habían de continuar su marcha envolvente, remontando más ó menos hacia el Norte según fuese mayor ó menor la extensión, todavía desconocida, de las posiciones francesas. En cumplimiento de órdenes que podrían modificarse con arreglo á las circunstancias, el XII.º cuerpo llegaría á Sainte-Marie-aux-Chenes; en cuanto á la guardia, se orientaría hacia Saint-Ail y Habonville, para desde allí encaminarse á Amanvillers; el IX.º cuerpo avanzaría hacia Verneville, y en el ala derecha el primer ejército esperaba para entrar en acción á que lo hubiese hecho el segundo.

Los nuestros ocupaban, desde Rozerieulles hasta Saint-Privat, la línea de las colinas, siendo imposible que escapasen á su vista tan importantes movimientos. En el 2.º cuerpo, los partes de los reconocimientos indicaron desde la mañana las evoluciones del enemigo, y desde las alturas en que acampaba el 3.º cuerpo viéronse á las seis las tropas alemanas que evolucionaban de izquierda á derecha y parecían orientarse hacia el lado de Roncourt. A medida que fué avanzando el día, los exploradores del general Montaudón denunciaron la presencia de los prusianos en la carretera de Gravelotte á la Malmaison. En el 4.º cuerpo, la vigilancia no fué, al parecer, tan grande como en aquéllos; no obstante, fué señalado el enemigo hacia Verneville no sólo por una guardia principal, sino también por algunos soldados aislados que habían ido en busca de víveres. El 6.º cuerpo hallábase, á lo menos por la mañana, á gran distancia del enemigo, así es que los primeros informes recogidos por las gentes del país y por la caballería del general Du Barail no indicaron nada anormal (1); poco después, sin embargo, llegó el capellán de una de las divisiones que venía de Gorze y había pasado la noche entre los prusianos asistiendo á los heridos, el cual anunció un gran ataque (2); además, entre nueve y diez se supo que algunos exploradores enemigos habían aparecido en Valleroy y marchaban á lo largo de la orilla del Orne, y finalmente tívose noticia de que varias columnas alemanas, acompañadas de artillería, avanzaban hacia Batilly.

Bazaine, que estaba en Plappeville, se enteró por Leboeuf, probablemente á eso de las siete, de la proximidad

(1) *Procès Bazaine*, declaración Canrobert (audiencia del 21 de octubre de 1873).

(2) General Du Barail, *Mémoires*, tomo III, pág. 194.

dad del enemigo, y á las ocho y veinticinco el comandante del 3.^{er} cuerpo le envió un nuevo aviso desde la meseta del *Arbre-Mort*: «Fuerzas considerables, decía Lebœuf, avanzan hacia Gravelotte sobre un frente bastante extenso, paralelamente al frente de bandera de los cuerpos 2.^o y 3.^o» Y añadía, como para dar más fuerza á la advertencia: «Páreceme que se prepara una acción para hoy (1).»

La historia basada en conjeturas es demasiado fácil para ser meritoria y hay que huir de la tentación vulgar de reconstruir, *a posteriori*, los acontecimientos. ¿Es exagerado creer que el gran movimiento del enemigo, glorificado después por el éxito, contenía una parte terrible de riesgos? Los cuerpos prusianos maniobraban en pleno día á fin de rebasar nuestras líneas. ¿No era aquella una ocasión propicia para caer sobre ellos, atacarlos de flanco y anticiparse á su ofensiva con otra ofensiva no menos osada? Desde las alturas en donde estaban instalados nuestros vivaques, muchos oficiales del 3.^{er} cuerpo veían avanzar al enemigo, pudiendo apreciar los progresos de la marcha y observar con ayuda de sus anteojos hasta los menores detalles, y sentían sorpresa y despecho al ver que las columnas alemanas podían evolucionar impunemente á tres ó cuatro kilómetros de nuestras posiciones (2).

Bazaine, sin moverse de Plappeville, se limitó á recomendar al comandante del 3.^{er} cuerpo «que se mantuviera firme en la fuerte posición que le había sido designada,» y al recibir el segundo parte, que llegó á eso de las nueve, expresó nuevamente su confianza en su posición defensiva, y comunicó á Canrobert y á Ladmirault los avisos de Lebœuf, adicionándolos con consejos más bien que con direcciones concretas. Aquella mañana parecía el mariscal muy preocupado con un trabajo de oficina sobre las proposiciones de ascenso; mientras que á la misma hora el coronel Lewal reunía en Chatel-Saint-Germain á los jefes subalternos de estado mayor á fin de reconocer con ellos los sitios favorables de la zona del campo atrincherado de Metz. Esta idea de un nuevo retroceso, aceptada con resignación casi solícita, se trasluce muy curiosamente en una nota expedida á las diez de la mañana por Bazaine á Canrobert, en la cual se lee: «Adoptad todas las disposiciones de defensa necesarias para sosteneros en Saint-Privat y dar lugar á que toda el ala derecha haga un cambio de frente á fin de ocupar las posiciones de retaguardia, si es necesario, posiciones que van á ser reconocidas de un momento á otro.»

Los jefes de cuerpos, que en vez de órdenes sólo recibían vagas recomendaciones y que no estaban unidos por aquella solidaridad que era una de las fuerzas del adversario, no podían hacer otra cosa que atender, cada uno dentro del estrecho radio de sus campamentos, lo mejor posible á su propia seguridad, y justo es reconocer que todos desplegaron en aquellas circunstancias una actividad sin igual. Frossard, aunque era el menos amenazado, instaló sus baterías é hizo tomar las armas á una parte de la división Vergé. Lebœuf se mostró en extremo vigilante, puso en estado de defensa las granjas de *Moscou*, *Leipzig* y la *Folie*, envió

(1) Véase *Revue d'histoire*, junio de 1904, pág. 623.

(2) *Historique du 90.^o de ligne*.

muchas tropas al bosque de los Genivaux y atendió á la terminación de una línea de trincheras-abrigos que había de permitirle barrer, á lo menos en parte, el terreno que delante de nuestros vivaques se extendía. En nuestra extrema derecha, Canrobert no había instalado su campamento hasta muy entrada la noche; sus hombres estaban fatigados, y como no disponía de herramientas, se limitó á rectificar sus posiciones. Ladmirault, que era de todos el más expuesto á los primeros golpes, fué el que más tranquilo se mantuvo, y si bien envió instrucciones á sus generales de división, no quiso turbar el descanso de sus soldados que, después de haber combatido la antevíspera y marchado la víspera, por vez primera después de dos días, preparaban sosegadamente su rancho. Únicamente la artillería de reserva enganchó sus piezas y estuvo apercebida á la acción.

Así transcurrió la mañana. Eran las doce menos cuarto y en los campamentos de Ladmirault las tropas terminaban su comida en medio de una seguridad que causa asombro, cuando de pronto algunas patrullas de caballería llegaron al galope á las líneas del 4.^o cuerpo, anunciando con espanto la llegada del enemigo á Verneville. En aquel momento retumbó el cañón; era que Manstein, jefe del IX.^o cuerpo, comenzaba la batalla.

XVII

Manstein había creído observar, desde lejos, en los campamentos de Ladmirault, una «descuidada quietud (3)» que incitaba á una sorpresa. Las órdenes que tenía le mandaban buscar al enemigo y empeñar la acción; pero estas mismas órdenes suponían que la derecha francesa no llegaba más allá de la granja de la *Folie* y á esta condición subordinaban ó parecían subordinar el ataque. Aunque por la parte Norte la vista estuviese limitada, el comandante del IX.^o cuerpo no podía ignorar la prolongación de nuestras líneas, porque un parte de la caballería hessense acababa de anunciar la presencia de un campamento enemigo en Saint-Privat; pero no parece sino que la esperanza de hallar una coyuntura favorable embotara en Manstein el sentimiento de la estricta obediencia. Delante de Verneville, una larga colina subía hacia Amanvillers. Las baterías de vanguardia habían escalado las alturas, tomado posiciones y roto el fuego, y algunos minutos después llegaron las de la 18.^a división y luego la artillería de cuerpo, de suerte que á las doce y media había nueve baterías en línea.

Las primeras granadas, disparadas demasiado lejos, alcanzaron muy por detrás al campamento de caballería cuyas tiendas comenzaron á arder inmediatamente; pero luego los proyectiles, mejor dirigidos, estallaron en los vivaques de la división Grenier, la cual, al oír los cañonazos, empuñó las armas, enganchó sus piezas y se desplegó, en parte delante y en parte al Norte de Montigny-la-Grange, mientras las baterías de la reserva, ya enganchadas, acudieron presurosas y guarnecieron las crestas. La división Cissey, algo menos expuesta en un principio, extendióse al Norte de Amanvillers y se puso en contacto con el 6.^o cuerpo por el caserío de Jerusalén; la división Lorencez permaneció en segunda línea.

(3) *La guerre franco-allemande*, tomo II, pág. 674.

El ataque que amenazaba al 4.^o cuerpo amenazaba también al ala derecha del 3.^o, es decir, á la división Montaudón, y dos baterías se situaron muy cerca de la granja de la *Folie*.

No tardaron nuestros soldados en sacudir aquella «descuidada quietud» que tentara á Manstein, y ¡cosa singular!, el ataque que nos había sorprendido á nosotros no había sorprendido menos al propio príncipe Federico Carlos.

Hacía poco que había éste enviado al comandante del IX.^o cuerpo la orden condicional de atacar, cuando recibió aviso de que la derecha francesa se extendía hasta Saint-Privat, no dudando entonces de que Manstein, conociendo la extensión de nuestras posiciones, suspendería su entrada en acción. Sabiendo ya á qué atenerse en cuanto á nuestras posiciones, había determinado concretamente y con seguridad completa las prescripciones relativas á lo que habían de hacer el XII.^o cuerpo, la guardia y el propio IX.^o cuerpo: el XII.^o y la guardia, dirigiéndose á toda prisa el uno á Sainte-Marie-aux-Chenes y el otro hacia Verneville y después hacia Habonville, prepararían un vigoroso ataque contra nuestra derecha; el IX.^o, antes de entrar formalmente en combate, esperaría á que la guardia entrara en línea por Verneville. Acababa el príncipe de expedir estas órdenes cuando oyó el cañoneo que le causó tanta sorpresa con inquietud: Manstein, en vez de cooperar á un ataque simultáneo, dirigido principalmente contra la derecha francesa, se lanzaba sobre el centro enemigo.

La inquietud del príncipe era tanto más justificada cuanto que aquel temerario ardor corría riesgo de recibir duro castigo. En efecto, nuestra artillería, reunida prontamente, ocupaba en general posiciones dominantes y podía, desde algunas de ellas, batir de flanco las baterías prusianas; y aun más mortíferos que las granadas eran los proyectiles de nuestra infantería. Dos escuadrones de caballería enemiga que acudieron para apoyar el ataque, se replegaron precipitadamente, y cuando la infantería quiso, á su vez, avanzar, fué recibida por el 64.^o de línea, que había sido enviado delante de Montigny-la-Grange y se hallaba bien resguardado en un camino flanqueado de álamos. Cierto que los soldados de Manstein se apoderaron de la granja de la *Envie*, que se había quedado sin defensores, y ocuparon, sin disparar un tiro, la de *Chantrenne*, pero no consiguieron avanzar por el lado de la granja de la *Folie*. Así había comenzado el combate en la derecha del IX.^o cuerpo. En la izquierda enemiga, es decir, en el bosque de la *Cusse* y á lo largo de la vía férrea, los alemanes eran rechazados por la división Cissey y recibían golpes que no podían devolver á causa del menor alcance de sus fusiles. Pero donde más precaria era la situación de los asaltantes era en el centro: la artillería alemana, casi al descubierto en la larga cumbre en donde se había instalado, sufría terribles pérdidas, y las ametralladoras de la división Lorencez que, procedentes de la granja Saint-Vincent, llegaron en el entretanto á Amanvillers, comenzaron á vomitar proyectiles sobre las baterías prusianas. Una de éstas perdió en pocos instantes varios oficiales, cinco cabos de cañón, cuarenta hombres y casi todos sus caballos, y los sobrevivientes vieron obligados á interrumpir su tiro, y de sus seis piezas á duras penas lograron poner dos en sal-

vo. Un cazador llamado Hammoniaux y tras él algunos soldados del 13.^o de línea mandados por el teniente Parent se arrojaron sobre los cañones abandonados y los defendieron contra las acometidas de la caballería prusiana; pero por falta de tiros no pudieron llevar más que dos á nuestro campo (1).

Las otras baterías siguieron valerosamente haciendo fuego, pero cada vez con mayores bajas: un gran número de oficiales estaban heridos, las municiones se agotaban, y «á eso de las dos, dice la *Relación oficial prusiana*, apenas si la artillería de cuerpo se hallaba aún en estado de combatir (2).» ¿Qué habría sucedido si la audacia del comandante en jefe, si la osadía de los jefes de cuerpo se hubiesen aprovechado de aquel apuro pasajero del enemigo? Al Sur, el I.^{er} ejército se hallaba bastante lejos, y al Norte, los sajones y la guardia todavía estaban en marcha, lo que colocaba á Manstein en un aislamiento terrible aunque hubiera de ser de corta duración. En el entretanto, Bazaine permanecía en su alojamiento de Plappeville; á la puerta estaban sus caballos ensillados y sus oficiales se consumían de impaciencia, mientras él se entretenía en tranquilizar á todos diciéndoles que «no se trataba de una acción formal (3),» ilusión que contribuía á mantener la circunstancia de que las detonaciones llegasen muy apagadas á causa de los accidentes del terreno y de la dirección del viento. No viendo llegar al mariscal, no recibiendo órdenes suyas, ¿qué podían hacer sus lugartenientes? Su educación no les había enseñado á tener iniciativa y se sentían yuxtapuestos unos al lado de otros, pero sin penetrar bien la misión á cada uno encomendada. Continuó la lucha, valiente y tenaz, pero pasiva y sin que al valor que hacía frente al enemigo se uniera la osadía que lo rechazara.

El IX.^o cuerpo no había de tardar en completarse: la división hessense se acercaba, y su artillería, adelantándose á las columnas, había ya instalado sus baterías al Este de Habonville, al través de la vía férrea; la infantería llegó después y se situó en el bosque de la *Cusse*, y los primeros destacamentos de la guardia, que había recibido la orden de concertar su acción con el IX.^o cuerpo, tocaban ya á Saint-Ail. A pesar de estos refuerzos, la situación de los alemanes mejoraba muy lentamente. Las baterías que al principio de la batalla habían tomado posiciones en la colina situada al Sudoeste de Amanvillers, eran las que se encontraban en situación más crítica; sólo tres seguían resistiendo; las demás habían tenido que ser retiradas, á lo menos provisionalmente, al bosque de la *Cusse*. Uno de los batallones del 85.^o prusiano, que había sido llamado de Verneville, perdió en poco rato 400 soldados y 12 oficiales.

A nuestros regimientos, empeñados ya en el combate, comenzaba á juntarse la división Lorencez, que en un principio quedó de reserva; y, sin embargo, no se emprendía ningún contraataque vigoroso, no se realizaba ningún esfuerzo de conjunto para rebasar la línea enemiga. Hacía tres horas que duraba el combate, y á las ocasiones favorables iba á suceder una fortuna indecisa que poco á poco se iría volviendo en contra nuestra.

(1) *Revue du cercle militaire*, 1887, pág. 143. — *Historique du 5.^o bataillon de chasseurs et du 13.^o de ligne*.

(2) Página 684.

(3) General Jarrás, *Souvenirs*, pág. 123.

El príncipe Federico Carlos había llegado primeramente á Verneville y luego á Habonville. El estrépito cada vez mayor del cañoneo le había hecho comprender la gravedad del asunto. Era preciso reparar la imprudencia de Manstein, á cual efecto el príncipe dispuso que el III.º cuerpo, muy debilitado por la batalla de la antevíspera y que formaba reserva detrás del IX.º cuerpo, abandonara Vionville y se acercara al lugar de la acción. A las tres y media preséntanse las cuatro baterías de la artillería del centro seguidas inmediatamente de otras dos; gracias á estos refuerzos reanímase la lucha, y dos de las baterías del IX.º cuerpo que se habían retirado renuevan sus provisiones, reconstituyen sus tiros y reaparecen en el combate. Una lluvia de granadas cae sobre Montigny-la-Grange y sobre Champenois que se incendia, y entonces, cambiada la situación con rapidez sorprendente, tócale á la artillería francesa replegarse. A eso de las cuatro y media, los infantes del IX.º cuerpo ocupan á su derecha la granja Champenois y á su izquierda avanzan al través del bosque de la Cusse hasta el terraplén del ferrocarril; por la parte de Habonville se aproxima la guardia, lo que constituye una nueva amenaza; de Sur á Norte, *Chantrenne, l'Envie, Champenois y el bosque de la Cusse* constituyen otros tantos puestos avanzados, de los cuales se prepara el enemigo á salir; y la artillería, al principio sin apoyo, hállase ya fuertemente defendida y con sus tres grupos de baterías, á saber, las del III.º cuerpo al Sur, las de la 18.ª división al centro y las hessenses al Norte, desarrolla toda su potencia. Una valerosa tenacidad y algunos hermosos hechos de armas disimulan el cambio de la situación que cada vez es más desfavorable para nosotros y quitan á la lucha toda apariencia de derrota; pero empezamos á vernos acosados en las alturas, desde la granja de *la Folie* hasta Amanvillers, y la defensa pasiva que al principio del combate hemos practicado por indecisión ó por falta de órdenes, ahora nos la impone la necesidad.

Eran las cinco. La batalla, empeñada en nuestro frente, se había desarrollado igualmente en nuestras alas, de un lado hacia el barranco del Mance y de otro, al Norte, hacia Saint-Privat. Esta es la ocasión de hablar del ataque que en nuestra ala izquierda dirigía Steinmetz contra los cuerpos de Frossard y de Lebœuf, ya que luego habremos de dedicar toda nuestra atención al ala derecha, allí donde, después de una lucha eternamente memorable, la suerte de Canrobert había de arrastrar á la de todo el ejército.

XVIII

Steinmetz habíase dirigido á la madrugada hacia las alturas de Gravelotte, y habiendo oído á eso de mediodía el rumor de la batalla por la parte de Verneville, había dispuesto que sus baterías ocuparan posiciones y se había preparado para entrar en acción, comenzando al poco rato un cañoneo entre nuestras piezas y las del VII.º cuerpo.

Según el plan de Moltke, el VII.º y el VIII.º cuerpos debían limitarse á retener en su sitio el ala izquierda francesa, pues la batalla debía decidirse en otra parte. A pesar de que ya había recomendado á Steinmetz que obrara con prudencia, temeroso de que se

dejara llevar de algún peligroso arrebato, hábale reiterado sus órdenes en un despacho concebido en estos términos: «El combate parcial que en este momento se oye delante de Verneville no exige que entre en acción todo el primer ejército, el cual procurará no ostentar fuerzas considerables y, en caso necesario, se limitará á hacer funcionar su artillería para preparar el ataque ulterior (1).»

Moltke, conteniendo su derecha, no sólo atendía á su plan general, sino que también se conformaba con lo que aconsejaba la prudencia. Ya hemos visto que el ala izquierda era la más fuerte de las posiciones francesas, ya por la proximidad de las reservas, ya por la trinchera natural que formaba el Mance y por las obras de defensa que habían multiplicado las trincheras-abrigos y fortificado las granjas de *Moscou y Point-du-Jour*. Pero cuando llegó la orden que acabamos de citar, ya el VIII.º cuerpo, prolongando la línea de cañones del VII.º, había llevado una parte de su artillería al Norte de la calzada de Gravelotte á Metz, y algunos numerosos cuerpos de infantería habían tomado las armas y avanzaban. La acción estaba empeñada, y como era difícil detener ó suspender la ofensiva, el combate continuó.

Enfrente del I.º ejército se alzaba la línea de las alturas sembradas de granjas que ocupaban los soldados de Frossard y de Lebœuf y hacia las cuales subía, al salir del barranco del Mance, la carretera real de Verdún á Metz. Un primer ataque intentado por una parte del 33.º prusiano no tuvo sino un mediano éxito, pues si bien los asaltantes descendieron valientemente por los tallares del barranco, rechazaron á nuestros tiradores y se esforzaron en subir por la opuesta cresta, viéronse acribillados por nuestros fusiles, perdieron muchos oficiales y se vieron obligados á guarecerse en los hoyos de casquijo que orlaban el camino. Entonces entraron en acción otros cuerpos, como el 28.º; el 67.º y los cazadores renanos, y aunque algunas de estas fuerzas consiguieron avanzar á lo largo de la carretera, un fuego terrible que salía de la granja de Moscou interrumpió aquella corta victoria. Ciertos cuerpos, como los cazadores renanos, vieron caer á todos sus capitanes y los más resueltos viéronse precisados á mantenerse en las posiciones conquistadas.

A eso de las tres preparábase un nuevo ataque: la artillería había de desembarazar el camino; el VII.º y el VIII.º cuerpos habían acabado de colocar en posición sus baterías, y al Norte y al Sur de la calzada de Metz, delante de la carretera de Ars, delante de Mogador y de la Malmaison, había alineadas 132 piezas. Una verdadera lluvia de granadas cayó sobre las posiciones francesas y de la granja de Moscou, y de las dos casas del Point-du-Jour comenzaron á salir grandes llamas. En las laderas del barranco, debajo de la granja de Moscou, alzábase al borde de la carretera otra vasta granja, hoy convertida en posada, la de *Saint-Hubert*, especie de puesto avanzado que los alemanes habían de conquistar antes de seguir adelante. La custodia de aquella granja había sido confiada á un batallón del 80.º de línea á las órdenes del comandante Moliere, y

(1) *Correspondance du maréchal de Moltke*, tomo I, página 298.

dos compañías ocupaban los edificios mientras las demás defendían el jardín y el cercado. Nuestros infantes luchaban desde hacía dos horas contra los tiradores enemigos; sólo la artillería podría vencer á aquellos á quienes el fuego de fusil no había podido reducir. Una batería prusiana que disparaba sin descanso, incendió el cuerpo principal del edificio cubriendo á los defensores de cascos de granada y de cascote; á pesar de ello, los nuestros seguían resistiendo, hasta que habiendo perdido el batallón la tercera parte de su efectivo y viendo que la infantería enemiga se aproximaba á la granja, que por sus cuatro costados ardía, el comandante Moliere, que estaba herido, ordenó la retirada. Los ingenieros habían practicado dos pequeñas brechas en el muro del jardín por el lado de la granja de Moscou, y por allí escaparon los sobrevivientes (1). Mas sea por olvido ó por confusión á causa del ardor de la lucha, varias fracciones de compañías no recibieron á tiempo la orden de retirarse, rindiéndose la mayoría de ellas, mientras algunos hombres, entre los cuales el *Historial* del regimiento cita á los sargentos Gres y Jammet, continuaron disparando hasta que cayeron acribillados á balazos (2).

La pérdida de Saint-Hubert trajo consigo la de la parte Sur del bosque de los Genivaux; pero aun esta misma derrota puso de manifiesto cuán precarias habían de ser todas las ventajas prusianas por aquel lado, gracias á la fuerza de las posiciones, unida al valor de las tropas. Cuando los alemanes dueños, de Saint-Hubert, quisieron continuar avanzando, su esfuerzo se estrelló contra las balas de los franceses que guarnecían las crestas. Ni los soldados de Frossard en las cercanías del Point-du-Jour, ni los de Lebœuf alrededor de Moscou se dejaron quebrantar, y los prusianos se veían obligados á permanecer en las laderas orientales del barranco del Mance, en donde se mantenían valerosamente, pero á costa de terribles pérdidas. Todas las unidades estaban dispersas, y en las canteras de casquijo y alrededor de Saint-Hubert los cazadores renanos, los tiradores de la Prusia oriental y los infantes de Magdeburgo mezclaban confusamente los restos de sus compañías.

Steinmetz, que estaba junto á sus baterías, no percibía los detalles de la lucha y únicamente veía el conjunto, es decir, Saint-Hubert conquistada, las granjas incendiadas y al lado de él su artillería que vomitaba la muerte. Los partes, un tanto optimistas, anunciaban que todo iba bien, y el comandante del I.º ejército, que no distinguía ninguna reacción ofensiva de los franceses, transformó en su mente en éxito decisivo lo que no era más que frágil ventaja, y convencido de que el enemigo había agotado sus fuerzas, se persuadió de que un nuevo ataque convertiría en definitiva la victoria en el ala derecha prusiana.

Ordenóse entonces á las baterías del VII.º cuerpo que cruzaran el desfiladero y tomaran posiciones en la vertiente oriental del barranco que se abría al Sur de la carretera de Metz. La 27.ª brigada, sacada de Gravelotte, quedó encargada de apoyar á la artillería, y otra, la 26.ª, que se había quedado en Ars, fué enviada

á Vaux con la misión de obrar contra la extrema izquierda francesa. La 1.ª división de caballería, que acababa de llegar á la Malmaison, penetró en el barranco del Mance para desde allí subir á las alturas y emprender la persecución del enemigo, pues se imaginaba ya á éste en retirada.

El desencanto de los prusianos fué tan grande como grandes habían sido sus esperanzas; porque si bien habíamos perdido Saint-Hubert y retrocedido un poco nuestra línea, el conjunto de nuestras fuerzas permanecía intacto y la moral de las tropas no había sufrido lo más mínimo, y bien se vió en los sucesos que luego se desarrollaron. A la primera señal de un nuevo ataque se juntaron todas las piezas que teníamos disponibles, y desde Moscou los proyectiles de la artillería de reserva comenzaron á barrer el desfiladero, mientras nuestros infantes, dispuestos á hacer fuego, se guarecieron en las trincheras-abrigos. Sólo cuatro de las baterías del VII.º cuerpo consiguieron atravesar el barranco, obstruido ya por la caballería, y en cuanto asomaron las primeras piezas fueron recibidas por un fuego terrible que mató á todos los animales de uno de los tiros é hirió á dos comandantes, á uno de ellos mortalmente. Dos baterías hubieron de retirarse, lo que consiguieron con gran trabajo, y las otras dos, si bien permanecieron firmes, fueron casi totalmente destruidas: tal fué la suerte de la artillería. En la 1.ª división de caballería, un solo regimiento, el 4.º de hulanos, logró subir al otro lado del desfiladero, formándose delante del Point-du-Jour, en donde esperó largo tiempo una ocasión favorable. Los franceses, ocultos en sus parapetos, sembraban la muerte en aquellos pelotones, hasta que al fin los jinetes, después de haber sufrido muchas bajas, retrocedieron y se unieron al grueso de la división que se había reunido al Noroeste de la Malmaison. No fué mejor la suerte de la infantería: en efecto, muchos destacamentos descendieron al través de los bosques y los más afortunados limitaron su ambición á no retroceder. La 26.ª brigada, que se había dirigido desde Jussy á Sainte-Ruffine, fué contenida por la brigada Lapasset, y aun en algunos puntos los franceses avanzaron algo, llegando las balas de sus fusiles de largo alcance hasta el sitio en que se encontraba Steinmetz. El comandante del I.º ejército había enviado al rey partes de victoria, anunciándole que Saint-Hubert había sido tomada, que el enemigo se hallaba fuera de combate y que comenzaba la retirada francesa. A las cuatro y media llegó el monarca, en el momento en que retrocedían la caballería y dos baterías y en que la infantería á duras penas se mantenía en sus posiciones; y estas fueron las prendas de victoria que Steinmetz pudo ofrecer á su soberano.

El combate duraba desde el mediodía. En el centro, el IX.º cuerpo, contenido durante mucho tiempo, comenzaba apenas á avanzar, y en la derecha prusiana los cuerpos VII.º y VIII.º se encontraban decididamente en situación muy apurada. Pero el rey, que desde la meseta de Gravelotte observaba la indecisa fortuna de Steinmetz, hubiera hecho mal en alarmarse ó quejarse, pues muy lejos de él, hacia el extremo Norte, en los sitios adonde su mirada no podía llegar, los sajones, combinando sus esfuerzos con los granaderos de la Guardia, maniobraban contra nuestro flanco y muy

(1) Parte del general Sanglé-Ferriere.

(2) *Revue d'histoire*, julio de 1904, pág. 198.